

EUTHIA

TORMENT OF RESURRECTION

IMPORTANT NOTICE

The following digital content is version **1.0**
(from the Kickstarter campaign run by Diea Games in 2020)
that was **not** amended in any way.

For the best gaming experience, please review
EN Euthia Errata FAQs for 1.0 file (in English)
for all amended things in version **2.0**.

That file may be found at
steamforged.com/en-eu/blogs/resources.

In case of any uncertainty, we recommend using the DeepL translator.
www.deepl.com/translator.

EUTHIA

TORMENT OF RESURRECTION

TRASFONDO Y ARTE





LA LLANURA DE KLADAR

«¿Quién pone el agua en el pozo?»

«¿Por qué arde la madera?»

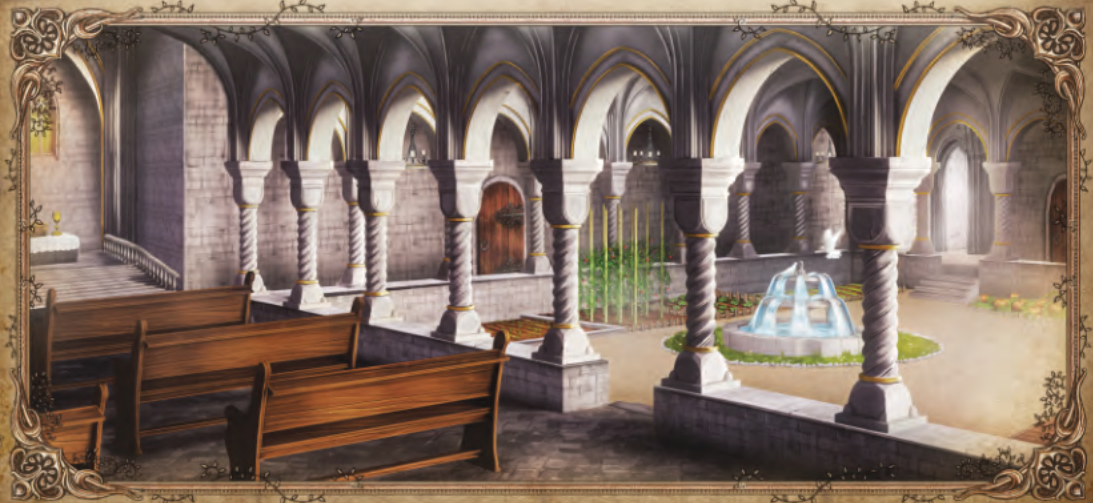
«¿Por qué no puedo caminar por el dique?»

Los niños siempre andan preguntando estas cosas. Y, por alguna razón, nunca se paran a pensar en los nombres tan extraños que tienen los sitios donde viven. Yo, en cambio, hace mucho que me pregunto de dónde viene el nombre de mi tierra: la Llanura de Kladar. Es un terreno interrumpido continuamente por afloramientos rocosos, como colmillos, y lleno de densos bosques. Puedes darte por satisfecho si llegas a ver más allá de lo que tienes cerca sin que tu vista quede interrumpida al menos por una pequeña colina.

Sin embargo, mientras estudiaba en Roden se me ocurrió que llamar «llanura» a esta parte de Euthia igual sí que era lo más adecuado. Si las comparamos con esta carretera llana, en la que hasta la más ligera cuesta es una experiencia nueva en el camino, otras ciudades parecen estar conectadas por caminos extenuantes. Los mapas muestran carreteras que serpentean por los pasos de montaña más altos y difíciles, discurren junto a precipicios y bordean las orillas de lagos. Cuando deciden visitar Roden, los peregrinos y los jinetes no tienen que esforzarse demasiado.

En la Crónica de Davir hay una historia acerca de las esplendorosas ciudades de Leradin y Pyskora: abarrotadas de ciudadanos, mercaderes y bardos. Las escuelas y las academias atraen a gentes educadas de toda Euthia. Pero es complicado viajar por esta tierra. Las marchas de los hombres de armas se ven obstaculizadas por pasos cubiertos de nieve, pantanos traicioneros o vados complicados. Los ejércitos de las familias rivales, los duques y los gobernantes siempre han ido prestos por los caminos con la fiereza de un torrente primaveral. Ni los viajeros comunes ni los ricos, con sus escoltas, pueden sentirse seguros frente a las hordas de forajidos y merodeadores que vagan por el territorio, acechando a los que viajan por él. No es de extrañar que la brujería Faer haya calado tanto en esta tierra, empapada con la sangre de las batallas y los asesinatos que supuso la llegada de Rasgaroth y la desolación que trajo, dejándola agostada por las garras de los dragones.









LA GANGRENA NEGRA

Guerras, escaramuzas y revueltas de campesinos han dejado cicatrices en la gente, los pueblos y el paisaje. Incluso después de tantos años, las llagas purulentas de las disputas de sangre y las rivalidades políticas siguen deformando el territorio. Pensando en retrospectiva, aquellos días parecen inofensivos, como si fueran peleas entre hermanos.

Imaginad una bruma hedionda que se arrastra desde los humedales y bosques inundados de las cercanías. La atmósfera refrescante de una tarde soleada de otoño, con el aire saturado con el olor de las manzanas caídas, que de repente se ve inundada por un miasma de gas cenagoso y almizcle húmedo. Así, de manera lenta pero inexorable es exactamente cómo Rasgaroth se fue abriendo paso hasta nuestras vidas. Y tras sus pasos, la tierra empezó a exhalar la magia de Faer, sofocando nuestras vidas como si fueran manantiales sulfurosos en un bosque.

La gangrena ataca primero el pulgar, para luego extenderse por todo el cuerpo. Las primeras noticias provenientes de la frontera no le parecieron nada extraordinario al resto del país. Enfrentamientos que en nada les afectaban, como siempre había sido. Los que estaban más informados se limitaron a mirar hacia otro lado con la esperanza de que esta nueva «infección» acabara devorándose a sí misma. Y, aun así, como si fuera un paciente que no acepta el hecho de que ya es demasiado tarde para una amputación, Kladar despertó de su letargo para encontrarse casi completamente consumido por Rasgaroth, a quien se llamó de manera ominosa La Gangrena Negra. Durante dos años se estuvieron abriendo paso los ejércitos y secuaces del hechicero negro, de un dominio al siguiente. Hasta la gente común se alzó en armas para defender sus hogares junto a caballeros, cobardes y soldados entrenados. Todos se alzaron para enfrentarse a la podredumbre que avanzaba hacia el corazón del territorio.

¿Qué quedaba? Nada más que cuerpos disolviéndose en el coro de almas que aullaban sin parar mientras eran arrancadas con violencia de este mundo.

Aterrorizados, pero también por oportunismo y por intentar sobrevivir, casi toda la aristocracia cedió con facilidad ante el yugo de Rasgaroth y, así, consiguieron alguna recompensa por su nueva lealtad. Las fuerzas que quedaban para oponerse comenzaron a unirse bajo el estandarte de Bolir Marathy, Señor de Pryskora y el Prado Dorado. Llegó el momento en que cambiaron las tornas a favor de la resistencia, lo que evitó que Rasgaroth avanzara más. El ejército del tirano perdió su flanco y su dignidad en una batalla contra la resistencia, en la que muchos castillos y baluartes fueron recuperados, liberados de la ocupación de las



fuerzas de la oscuridad. Pero después llegó la Batalla de Tarima, que La Gangrena Negra en persona supervisó desde Peña Varija. Incluso cuando su ejército se veía forzado a replegarse más y más en un cuello de botella en un estrecho paso montañoso, se podían distinguir sus dientes brillando en una retorcida sonrisa en la oscuridad de su capucha. Sabía que tenía el control de esta batalla decisiva gracias a una estrategia cruel y traicionera. Había prometido grandes territorios y recompensas a las familias Naruzil y Void, que eran una parte fundamental de la resistencia, para que cambiaran de bando y le fueran leales. La resistencia, desconociendo este hecho, había permitido que los ejércitos de estas familias corruptas ocuparan la posición clave de la retaguardia en la batalla. Y, a una señal de La Gangrena Negra, cambiaron de bando y masacraron a sus antiguos camaradas cuando empezaban a retirarse, con lo que el resto del ejército de la resistencia fue aplastado desde los dos frentes. Pero, a ojos del hechicero, la muerte era un destino demasiado clemente para los soldados leales a Marathy. Cuando el pánico se apoderó de ellos, aterrorizados, en las fauces del estrecho pasaje, rodeados de rocas afiladas, del suelo arenoso que pisaban salió Faer que hincó sus traicioneros dientes en sus almas, arrancándolas de sus cajas torácicas como si fueran semillas. Las familias traidoras, Naruzil y Void, encontraron su recompensa en Pryskora, donde se reunieron con sus ejércitos, ebrios de victoria. Cegados por el espejismo de las riquezas prometidas, no se dieron cuenta de lo que les acechaba dentro de las murallas antes inexpugnables de la ciudad. Ya no le servían de nada a Rasgaroth, así que quemó la ciudad hasta los cimientos, con todos dentro. Y él volvió a Arakius, la ciudadela de la hechicería y la muerte, que ahora extendía su sombra por toda la Llanura de Kladar.

LA LLAMADA A LOS DRAGONES



Los campos aún eran ricos. El ganado pastaba en los prados. Los ríos se henchían de agua en las montañas y sus gargantas se secaban con el inmisericorde calor de los veranos. Los niños nacían y se los criaba. Los jóvenes se perseguían en sus frívolos juegos y disfrutaban en las fiestas tradicionales. Todo parecía estar bien. Pero nuestros hogares, nuestras ropas e, incluso, nosotros mismos, hedíamos a muerte. Se extendían leyendas de pueblos de los que había desaparecido toda la gente. La animosa y bulliciosa Kladar quedó en silencio. Su brillo, que daba luz a las melancólicas tierras cercanas se veía ahora devorado por un desfallecimiento sin límites. Los mercaderes temblaban de miedo en los caminos, atemorizados por los sicarios de Rasgaroth.

Pero nada se oía de revueltas que osaran enfrentarse a La Gangrena Negra. Nadie tenía el valor buscar venganza por toda la muerte, ni siquiera para protestar. Los humanos se veían impotentes ante el Faer que estaba al servicio de Rasgaroth. Al menos, los humanos comunes lo estaban. Pero, los magos...

Muchos fueron los que desaparecieron poco después de que una buena recompensa llenara los bolsillos de un informador. Otros consiguieron refugiarse en las montañas, en lugares remotos y olvidados, en salas escondidas bajo los tablonces del suelo de las casas de gentes de buen corazón. Algunos incluso olvidaron su arte y se mezclaron con la gente corriente, para compartir su lucha cotidiana en lugar de luchar contra el enemigo. La verdad es que pocas fueron las órdenes con la fuerza suficiente como para mantener, en secreto, su nombre y unos pocos miembros. Y solo la Orden de Vis continuó buscando un remedio para la maligna enfermedad que se había infiltrado por todas partes, hasta los más recónditos rincones del país.

«Igual que limpia una herida para eliminar el tejido necrosado. Igual que quema una úlcera séptica o una mordedura de serpiente, con un trozo de hierro al rojo. Solo el fuego tiene el poder de sanar la enfermedad incurable que es La Gangrena Negra», alegaba furioso Tyvor de Dalam, que luchaba de manera implacable para convencer a los otros magos de que sabía cómo encargarse de Rasgaroth. No hacía falta leer libros ancestrales, casi olvidados, para encontrar relatos y leyendas que advirtieran de que los dragones no eran la clase de visita que querías en tu casa. Pero los magos, uno por uno, acabaron olvidando esto y aceptando el punto de vista de Tyvor. Así que cuando el Círculo de Lowen y todos sus sacerdotes fueron masacrados, hasta los Grandes lo olvidaron.

Algunos años antes, cualquier invocador se habría reído ante la simple mención de llamar a dragones. Los magos sabían que no eran solo criaturas que aparecían en los relatos. Aunque solo hubiera sido por un instante, los más dotados de entre ellos habían llegado a atraer a dragones y habían podido atisbarlos. Sabían que era posible atraerlos. Era posible, en teoría, pero completamente imposible en la práctica. Pero ahora, cuando el torrente de Faer estaba dominado por la agonía, el asesinato y la tortura, hasta los apotecarios más corrientes podían jugar con la brujería, con gran facilidad.

El trágico lienzo en el que se había pintado el castigo de los traidores de la Batalla de Tarima fue, al final, vuelto a pintar con el destino del mismísimo Rasgaroth. Los pocos años de su tiranía habían generado tanta energía oscura bajo la superficie de Kladar que los magos de la Orden de Vis lograron atraer a tres poderosos dragones a las cercanías de la ciudadela de Arakius. Lograron atarlos a su voluntad y los enviaron a quemar la oscuridad que se había aposentado en la ciudadela. Las criaturas aladas partieron y se dirigieron a los parapetos, de una oscuridad pegajosa. El mismísimo hechicero oscuro se materializó para defender el turbio corazón de su reino. Y el caos se desencadenó. Fantasmas y espectros surgieron de la tierra, haciéndose pasar por humanos. Un coro de alaridos escalofriantes acompañado de un zumbido grave y un chasquido. Después, el fuego de dragón y el silencio. Nada quedó de los espectros salvo los torsos calcinados de los irreales cuerpos de los secuaces del hechicero. Rasgaroth estaba solo, acosado desde tres frentes, furioso pero impotente, abandonado por el traicionero Faer. Durante un día y una noche resistió allí, sumergido en el calor del aliento de los dragones. Se convirtió en una columna de fuego de la que se fue desprendiendo el barniz protector del poder, dejando que las llamas devoraran el cuerpo en descomposición y evitando que su aullante alma encontrara la paz.







Guion gráfico del vídeo de Kickstarter





UNA CASA EN LLAMAS

Con la ayuda de los escamosos gigantes, los magos destrozaron las fortificaciones, las torres y todos los edificios de la ciudadela de Arakius. Enterraron los sótanos, las cámaras y los subterráneos. Abrasaron todo el terreno mientras las noticias de la caída de Rasgaroth llegaban a más y más oídos en la Llanura de Kladar. El inmenso peso de la larga opresión se deshizo para dejar alivio y celebración en toda la sociedad.

Pero cuando se prueba el delicioso néctar del poder, no es fácil renunciar a él. Aunque algunos de los Grandes pusieron muchas objeciones, la Orden de Vis decidió no expulsar a los dragones, sino mantenerlos hasta que el orden y la paz quedaran restaurados y todos los sicarios del tirano fueran encontrados y castigados. Tyvor, que tenía más razones que nadie para quedar cegado por la victoria, fue el primero en advertir que los roles de los que estaban en los extremos de la correa se habían invertido. Los dragones se liberaron de la atadura de la voluntad de los magos. Con sus fauces y sus garras se hicieron con Kladar, y los residentes pasaron la resaca en una casa en llamas.









DESPERTAR

Abrí los párpados tranquila y lentamente. Según se abrían dejaron que mi vista abarcara hasta las sombras sobre mi cabeza. Yacía inmóvil, la frialdad de la piedra en la que descansaba me refrescaba la espalda. Ya no me despertaba entre escalofríos por sueños oscuros. Ya no intentaba espantar a las pesadillas. Solo observé cómo se desvanecía en mi mente la brumosa frontera entre la vigilia y el sueño, cómo las aterradoras visiones nocturnas se transformaban en recuerdos incómodos, pero normales. Y, ahora, el tranquilo e inmóvil mundo que esperaba tras la cortina estaba invadido por un siseo que se escapaba entre unos dientes apretados, seguido por el latigazo de una voz femenina.

«¿Qué es eso que tenéis encima del cuello? ¿Una calabaza hueca, llena de estiércol? Ese molesto lagarto no es un jabalí al que se le pueda patear el hocico hasta que se derrumbe. ¿Pero qué diablos se os metió en la mollera?»

No me apetecía alejar mis ojos de la relajante y cálida penumbra que aleteaba bajo la bóveda que tenía encima. Pero evitar las cosas que no se quieren es un sentimiento. Y los sentimientos agitan los pensamientos.

«Bueno, al menos he intentado olerlo. ¿Y sabéis a qué huele? Como un cadáver de tres días, lleno de gases en descomposición. Parecería que debería oler como a humo o azufre, ¿no? Pero olía como un cadáver sin enterrar. Brilla como la forja de Doribor, pero huele a muerte».

Conseguí atisbar una sonrisa irritante que partía una barba desarreglada.

«¿A quién le importa cómo huele? ¡¿A quién diablos le importa?!» Gritó, entre la furia y la histeria.

Mis ojos pasaron de los vigorosos ojos de Dral a los músculos de la espalda de Keleia, tensos por la rabia, hasta la piel ennegrecida de su pantorrilla.

«Pero estuvo cerca», dijo Dral, con una sonrisa contrita.

«¿Cerca? ¿Os referís a que os manden volando por encima de mi cabeza de un coletazo? ¿A eso lo llamáis cerca?» Keleia levantó la mano, furiosa, para golpear. Y a mitad de movimiento llegó un grito de dolor, mientras de su sutura caía sangre al suelo.

Me senté, mirando a la puerta, que se había abierto de repente. Entró una luz macilenta acompañada del olor a sebo de buey



quemado, seguidos por un monje que llevaba un hábito verde de químico. «¿En qué demonios estáis pensando?» Dijo, con los nudillos de sus puños cerrados blancos, mientras en su furia salpicaba de saliva a la malhumorada pareja. «¿Sois conscientes del esfuerzo que ha sido necesario para traeros de vuelta a la vida?». El hermano Noris está muerto, Pedorino ha perdido la razón, ahora tenemos que cambiarle los pañales y darle de comer papilla dulce. Sois vosotros los que habéis venido a salvarnos, ¿verdad? No sois mejores que dos viejas desdentadas discutiendo por unas manzanas podridas. Embaucadores. ¿Héroes? ¡No me hagáis reír!»

Antes de que la frágil Áel pudiera abrir la boca para contestar desde el rincón de la habitación, el monje saltó, malhumorado: «Lo sacrificamos literalmente todo, incluidas nuestras vidas, por unos zarrapastrosos que pretenden ir de salvadores y guerreros. Y vos...», miró a Dral, con la cara descompuesta por la ira, «vos no habéis tenido problemas en volver solo, ¿verdad? ¿Conocéis el auténtico precio?»

«Sofien, hermano». Todos se sobresaltan cuando son conscientes de mi presencia. Ni siquiera tuve que gritar para evitar que el honorable monje de la Orden de San Miguel abriera los labios para soltar otro impropio.

«Quizá vos creáis que Tamariel de Davir es solo una leyenda. Pero, creedme. Era real, un héroe que era casi tan valiente como dicen los relatos. Ahora decidme por qué. ¿Por qué creéis que nunca derrotó a los dragones? ¿Cómo es que nunca llegó a acabar con al menos uno de ellos? ¡Responded!»

La respuesta de Sofien a la desazón que le producía mi pregunta fue encogerse. No respondió.

«Porque no tuvo más oportunidades. Ni una segunda, ni una tercera, ni una cuarta. No tuvo una oportunidad porque no pudo aprender de sus errores. Para derrotar a un dragón no basta con el valor y habilidad con la espada. No son de este mundo. No respetan nuestras reglas ni hacen lo que esperamos. Beben Faer y se alimentan del miedo. Pero si creéis que lo harías mejor, escuchadme bien. La próxima vez podéis quedaros con nosotros cuando estemos a unos centímetros de sus fauces, para enseñarnos cómo controlar nuestras emociones mejor. ¿Qué os parece? Estaremos encantados de que nos mostréis cómo recuperaréis el control cuando su lengua viperina penetre en vuestra mente e inocular la infección de sus propios deseos. El hermano Noris y el hermano Pedorino se ofrecieron voluntarios. Sabían lo que podía ocurrir y los riesgos que corrían. Sed honesto, al menos con vos mismo. ¿De verdad lo sentís por ellos o solo os da miedo que vuestro destino no vaya a ser diferente? ¿O quizá queráis descubrir lo que se siente cuando os arrancan los brazos y acabáis abrasado por el fuego después de haber sido marinado en una saliva

que es como brea? ¿Queréis descubrir cómo es morir y despertar de nuevo con los recuerdos de vuestra propia muerte?»

«Maeldur, sois demasiado duro». El barítono del abad del monasterio sofocó la chispa que estaba a punto de prender en los ánimos de los presentes. «Hermano Sofien, ¿seríais tan amable de ayudar a preparar unas vendas herbales?»

El amable monje debía de haber sufrido por la pérdida de sus hermanos. Debía de estar asustado. No estaba siendo justo con él. Pero nuestra única oportunidad era no sucumbir al lujo de la compasión.

«¿Duro? Bien sabéis que no es eso».

«Quizá». La voz meliflua de Kavilin murmuró. «Pero lo necesitáis tanto como nosotros os necesitamos. Ninguno de nosotros ha tenido elección y no es deseable que convirtamos la cooperación en algo más complicado».

Ciertamente, tenía que estar de acuerdo. Dral se apoyó en el banco quirúrgico de granito y Keleia apoyó su cabeza en su hombro. Ael controló su orgullo, descansando su barbilla en las rodillas mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

«No le debemos nada. Como tampoco él nos debe nada a nosotros. Aquí no hay excepciones, todos nosotros pagamos una deuda con intereses de usura por la Batalla de Arakius. Debe recordar eso». Giré la cara hacia mi amigo, para reconfortarme ante su mirada amistosa y amable, llena de esperanza. Y a pesar de todo el fuego que ardía en mi interior, un escalofrío me bajó por la columna cuando mis ojos tropezaron con la fría mirada azul de Taesiri, que estaba de pie, tras su hombro.





CRÉDITOS:

Trasfondo: Alladjex

Traducción y corrección:

Marek Dvořák, Ladislav Sedlák

Ilustraciones: Iveta Doležalová, Petr Štich, Jiří Dvorský

Diseño Gráfico: Iveta Doležalová